



## ¡LO QUE SON LOS JÓVENES!

**Y**a hemos dicho en otro número de nuestro periódico que educándose en España hasta el día de buenos colejos donde la educación que se dé á la juventud sea tan perfecta como en Francia y otras naciones ilustradas, los padres bien acomodados enviaban á ellas sus hijos, haciendo un sacrificio doloroso.

No hace muchos años, pues, que dos jóvenes compatriotas nuestros entraron en un célebre colegio de París, porque sus familias, no poco acaudaladas, hallábanse dispuestas á no perdonar medio alguno para que los dos colejiales recibiesen una educación digna de su clase y su nacimiento. Por desgracia los man-

cebos no eran muy dados al estudio, y sin un suceso que pudo costarles muy caro, tal vez habrían vuelto á España tan ignorantes como traviesos.

Es el caso que Emilio y Ramon, valiéndose de una superchería, habían alcanzado el premio en un exámen general, y un día antes de que se les adjudicara, dijo Emilio á Ramon:

«Creo que van á preguntarnos de nuevo; estás dispuesto á contestar á los examinadores?»

—No, le respondió su digno camarada, porque ese tonto de José no estará á mi lado para decirme en voz baja lo que debo responder.

—¿Y entonces qué vas á hacer?

—Me entretendré en comer, contestó Ramon, enseñando á Emilio unos pasteles.

—¿Y despues?

—Miraré á las moscas volar.

—¿Te divierte eso mucho?

—No, pero á falta de otra cosa mejor....

—La hay.

—¿Cómo!

—¿Quién nos impide, en medio del barullo que hoy reina en el colejo, salirnos á tomar el aire?

—¡Escelente idea! exclamó Ramon entusiasmado.

—¿Es decir que la adoptas?

—¡Pues no!

—¿Y á dónde iremos?

—A cualquier parte.»

Y cojiendo lo primero que encontraron á mano, los dos manecbos abandonaron el colejo, dándose á vagar por las calles de París. Cuando se sintieron cansados, se metieron en un fonducho, y despues de una opípara comida, salieron á la calle sin blanca en el bolsillo. Entonces trataron de volverse al colejo; mas como aun faltaban algunas horas para el exámen general, creyeron les sería fácil entrar en aquel sin que los viesén, confundidos con los muchos curiosos que siempre acuden á semejantes actos.

Continuaron, pues, sus correrías, y se encaminaron á las barreras con intencion de presenciar las curiosas escenas que en ellas tienen lugar el lunes, día de fiesta para los jornaleros. Pronto llegaron frente á un jardin, lleno de una muchedumbre alegre y ruidosa que bailaba al son de una música chillona.

«Sin duda alguna celebran una boda, dijo Ramon; quisiera ver al novio para rogarle que nos convidara.

—Es trabajo inútil, dijo Emilio, ¿tenemos mas que saltar por esta ventana?»



Los dos colegiales saltaron por ella, y se encontraron en una sala desocupada con una puerta que daba al jardín.

«Nadie nos vé, dijo Ramon; entremos, camarada?

—Pasa tú delante, dijo Emilio, que yo te seguiré.»

Ramon titubeó; pero la alegría de los bailarines era tan estrepitosa, que animado un poco, miró á todas partes, y con la mayor precaucion se deslizó hasta el jardín, al cual no tardó en llegar su condiscípulo. Sin embargo, en vez de alegrarse, empezaron á temblar al ver tantos rostros desconocidos, porque les parecia que todos les miraban, y que el espanto que revelaban sus semblantes los hacia sospechosos á los ojos de aquella multitud.

Por fortuna los músicos iban á empezar á tocar una contradanza, y ocupados los bailarines en elegir pareja, no repararon en los dos intrusos. Dos mujeres, de muy avanzada edad, mas que modestamente vestidas y de fisonomia poco agradable, se acercaron á Ramon y Emilio, y la mas intrépida dijo con voz melosa:

«¿No saben bailar estos dos jóvenes querubines?

—Dispénseme V., respondió Emilio; pero no tenemos pareja.

—Mi comadre y yo bailaremos con VV., dijo la vieja.»

Nuestros amigos disimularon su repugnancia lo mejor que pudieron, y se colocaron en tanda, avergonzados de presentarse con semejantes compañeras. Dado principio al baile, su confusion llegó al colmo al ver las contorsiones que las viejas hacian, contorsiones que escitaron la risa universal y aplausos irónicos. Mucho peor fué cuando unos chuscos pidieron al director de la orquesta que tocase el aire de *la Lecherita*, pues nuestros pobres mancebos tuvieron que abrazar á sus venerables y feas sílfides, siguiendo el uso establecido.

Estos lijeros contratiempos sirvieron á lo menos para colocarlos en las filas de los convidados, y ya se disponian á tomar la revancha, escogiendo pareja, cuando uno de los circunstantes hizo seña á la música para que interrumpiese sus acordes, y puesto en medio del círculo, despues de recomendar el silencio, exclamó:

«Amigos, entre nosotros hay un ladron; de la mesa han desaparecido dos cubiertos de plata, y es preciso que todos sean registrados.

—¡Para qué! dijo un jóven: hace tiempo que todos nos conocemos, y sabemos que entre nosotros no hay ninguno que sea capaz de robar á nadie.

—Con que todos, eh? interrumpió el hombre: ¿conoceis á este peine?»

El jóven se volvió hácia Ramon, y despues de examinarle, dijo:

«En mi vida le he visto.

—Ni yo tampoco.

—Ni yo.

—Ni yo.»

Dijeron todos los concurrentes.

«Venga V. acá, señor ratero, dijo el que hacia de jefe, cojiendo á Ramon por el brazo :

—¡Qué infamia! exclamó el mancebo apretando convulsivamente los puños.

—¡Registrémosle! gritaron varios de los espectadores, y á pesar de la resistencia de Ramon, ejecutaron el registro.»

Entre tanto Emilio, abandonando cobardemente á su compañero, se escabulló sin ser visto, escaló la ventana por donde habia entrado, y lanzándose á la calle, echó á correr con todas sus fuerzas. Sin embargo, á poco conoció lo feo de su proceder, y por un movimiento rápido, se dirigió en busca de su camarada, dispuesto á sufrir la suerte que le cupiera.

Iba á salvar la barrera sin aliento y fatigado completamente, cuando vió venir hácia él un grupo del cual salia un rumor siniestro.

«¿Qué es eso? preguntó á unos chicos que iban delante del tropel.

—¡Un ladron! respondió uno, que ha robado unos cubiertos de plata.»

Emilio se abrió paso por en medio de la multitud, y vió á Ramon conducido entre cuatro soldados, y ocultándose con las manos el rostro bañado en lágrimas. Acercóse desalado á la tropa, y empezaba á rogarles soltaran al mancebo, pues era inocente, cuando se oyó detrás una voz que decia :

«¡Que lo suelten, que aquí está el ladron!»

El que decia esto era el que habia acusado al pobre Ramon, y que por una casualidad descubrió al verdadero autor del hurto. Caminaba con la comitiva cuando vió caer á sus pies una cuchara, y como cerca de él estuviese una de las viejas que habian bailado con nuestros desgraciados amigos, sin mas ni mas la echó mano al cuello, gritando como un desesperado. Sobrecojida la bruja, declaró el hurto, entregó delante de la tropa los cubiertos, y fué conducida á la cárcel en medio de una numerosa pilería que la colmaba de denuestos y la perseguia con sus ahullidos.

Ramon y Emilio fueron conducidos al colejo por un dependiente de policia, y esta leccion fué para ellos mucho mas poderosa que cuantos castigos hubiera podido imponérseles por su desaplicacion y holgazanería. Dados desde entonces al estudio con estraña asiduidad, alcanzaron varios premios en los exámenes generales, y terminado su curso han vuelto á España, sien-



do en el día la admiración de cuantos les tratan, tanto por su hombría de bien, como por lo vasto de sus conocimientos.

TENORIO.

## ESCIPIÓN EL AFRICANO.

(Artículo cuarto).

En la tarde de aquel día desdichado, el regimiento hizo los últimos honores á la valerosa cantinera. Junto á la tumba en que fué enterrada con todas las ceremonias militares, se veía á Guitarrilla triste y ya con los ojos enjutos estrechando entre sus brazos á Escipión, que se deshacía en lágrimas: luego que cubrieron el cadáver, el soldado se alzó con viveza, cojió á Escipión de la mano, é indicando el sitio en que se hallaba el enemigo, exclamó: «allí es preciso ir para hacerle mejores funerales; no olvides, hijo mío, que tienes una madre á quien vengar!»

—Padre, no tenga V cuidado, que mañana sabrán lo que cuesta hacer llorar á Escipión el Africano.»

La triste comitiva que acababa de conducir á Magdalena á su última morada, apenas habia entrado en el campamento, cuando el general llamó á todos los jefes de cuerpo. A poco fueron á anunciar los oficiales á la tropa que estuviese pronta para marchar luego que llegase la noche. El objeto de aquella marcha cuyos preparativos se hicieron en el mas profundo silencio, era castigar una tribu que despues de hacer alianza con los franceses y enviarles el caballo de sumision (1), habia enarbolado de nuevo el estandarte de la rebelion, poniendo á su disposicion un goum (cuerpo de caballería) numeroso. El plan era sorprenderlos, arrebatarles los ganados, destruir su aduar y saquear sus silos.

Si todos los soldados supieron con alegría que iban á pelear contra los árabes, hubo dos sobre todo que recibieron con entusiasmo el anuncio de aquella expedicion; Guitarrilla, que guardaba silencio desde la cruel pérdida que acababa de afligirle, y Escipión, que abrigaba la cólera y la sed de venganza de su padre. Así es que preparaban sus armas con fanático esmero, y hacían sus preparativos sin pronunciar una palabra. Mucho

(1) Cuando una tribu africana quiere someterse, envia al general francés un caballo enjaezado.

antes que á los demás se les veía sobre las armas, impacientes por lanzarse contra el enemigo.

Hay cierta cosa formidable en el aspecto de una tropa que por la noche marcha en silencio y con todas las precauciones que pueden asegurar su triunfo. La oscuridad, la calma del desierto que no turba ni una sola palabra, ni un solo grito; la esperanza de una sorpresa, de un ataque, la ansiedad que produce en el corazón del mas firme esa posición grave y peligrosa, tienen alguna cosa solemne que impone silencio á esa masa de hombres mucho mejor que las recomendaciones y amenazas de los jefes. Guitarrilla y Escipion iban de exploradores; pero ¡ay! ya no tenían á su lado la cariñosa mujer, cuyo esmero habia endulzado tantas veces para ellos las fatigas de aquella guerra en que debía perder la vida. Ambos sufrían vivamente con semejante ausencia; pero ni un lamento revelaba su queja. ¿El dolor mas verdadero no es el mas mudo?

Al cabo de muchas horas de una marcha penosa, llegaron al valle en que los árabes habian acampado la víspera; pero á pesar del ardor de las tropas francesas, á pesar de la rapidez de su carrera, el enemigo habia tenido noticia de su llegada, y en el momento en que creían sorprenderle, descubrieron que se habia retirado á las montañas, llevándose ganados, mujeres y niños. De consiguiente para dar alcance al enemigo á quien querían castigar, era preciso ir á buscarlo á las posiciones mas inexpugnables, á la cima de ásperas y escarpadas rocas. Los soldados franceses no titubearon, se lanzaron y subieron con ardor y agilidad las rápidas pendientes que serpenteaban en los montes.

Durante algun tiempo todo permaneció en silencio, y los soldados efectuaban sin quejarse aquella penosa ascension. Guitarrilla y su hijo siempre iban delante; el anciano soldado habia olvidado su edad, y á los mas vigorosos les costaba trabajo seguirle.

«Agarraos á las raíces, decía á media voz, y manteneos firmes; con eso llegaremos pronto.»

En efecto, las tropas ganaban terreno, y ya iban á llegar á una colina elevada que dominaba las demás posiciones, cuando una descarga mortífera derribó á algunos soldados. Lejos de intimidarlos, aquel ataque redobló el ardor de los agresores; ya sabían donde se hallaba el enemigo, y despues de esfuerzos inauditos llegaron á todas las alturas, lanzando un grito de victoria cuando se encontraron al frente de los árabes, los cuales, no pudiendo huir, se rindieron pidiendo la vida.

«No os fiéis de ellos, dijo Guitarrilla; todavía debe haber otros emboscados detrás de alguna roca, y nos jugarán una mala pasada.»



Entre tanto la accion iba disminuyendo en todos los puntos, y los alegres gritos de los soldados franceses indicaban que la victoria era suya, cuando un fuego mortífero partió de una roca hácia la cual se adelantaba Escipion con un peloton.

«¿No lo dije? gritó Guitarrilla. Allí es á donde es preciso ir; pero asegurad bien á estos, porque podrían aprovecharse de una buena coyuntura para tomar la revancha.»

Avanzaron en buen orden hácia el sitio de donde habia salido el fuego; pero aquella marcha era peligrosa, porque era preciso subir mas, y como las balas iban á dar en la roca que servia de refugio á los árabes, no producian efecto alguno. Temiendo perder demasiada gente si persistia en atacar de frente á adversarios tan bien emboscados, el oficial que mandaba el destacamento, mandó que se apoderasen de una altura que dominaba á aquel terrible enemigo. Cuál no seria su admiracion luego que llegó al punto indicado, al ver que solo cinco hombres se resistian detrás de la roca! Ocupaban la entrada de una gruta ante la cual habian amontonado piedras que les servian de atrincheramiento. Luego que estuvo seguro de poder hacerles cara desde su posicion, mandó á Guitarrilla que intentase por delante un asalto por las rocas casi á pico que defendian la entrada de la gruta. En pocos instantes murieron dos árabes; pero los otros tres siguieron defendiéndose, protegidos como se hallaban por las dificultades del terreno. De repente cesaron el fuego y se les vió precipitar sobre los agresores las piedras que les servian de muralla. Luego que se les acabó aquel recurso, rompieron sus largos fusiles y tiraron los pedazos á los que avanzaban. Luego, empuñando el yatagan, aguardaron á pié firme junto á la roca.

Guitarrilla no dejaba de encaramarse con la bayoneta por delante, refunfuñando con tono medio irónico:

«Bueno, bueno, ya nos las pagareis: os va á costar mas caro que en el mercado.»

En el momento en que iba á poner el pié en la cima en que se hallaban los árabes, una piedra que rodó bajo sus pies le hizo dar un paso en falso. Grave era el peligro de nuestro amigo Guitarrilla; el yatagan del beduino estaba alzado sobre su cabeza; pero Escipion, mas listo, mas alerta, pues velaba sobre su padre, derribó al árabe de un bayonetazo, y con la ayuda del sargento que se habia levantado, hizo prisioneros á los otros dos.

En el mismo instante resonaron en lo interior de la gruta dolorosos lamentos, y salieron de ella unas mujeres y unos niños que se precipitaron á los pies de los agresores pidiendo perdon con desgarrador acento.

Debemos decir la verdad, aunque no sea favorable á nues-

tro amigo Guitarrilla; pero el aspecto de aquellas mujeres bañadas en lágrimas no le conmovió.

«Ellos no perdonaron á Magdalena, gritó. No haya cuartel, no haya perdon!»

Iba á arrojarle sobre aquella tropa desarmada, cuando Escipion le contubo, diciéndole con acento cariñoso:

«Padre, mi madre bendaba á los árabes cuando estaban heridos, y si estuviese aquí daría la mano á estos infelices. Hagamos lo que ella hubiera hecho, pues es el mejor medio de honrar su memoria.

—Que te dé gracias allá en el cielo, pues sin tí, iba á hacer una mala accion.»

Una hora despues, volvian los franceses al campamento con sus prisioneros y su botin.

Guitarrilla habia consentido en perdonar á las mujeres; pero no se habia debilitado su cólera contra los árabes. Así es que siempre era el primero en perseguir al enemigo: Escipion no le abandonaba y nadie pensaba en separarlos. Un dia que escoltaban un convoy, y que hablando se habian adelantado algunos pasos del grueso de la tropa, de repente se arrojaron del fondo de un barranco varios árabes emboscados allí sin duda para espiar la ocasion de caer sobre el convoy y apoderarse del ganado. El primer grito de los árabes fué *semi! semi!* (amigos) pero casi al instante procuraron hacerse dueños de las armas de los dos franceses.

«Espera, pícaro beduino, y yo te daré el semi!»

Y guitarrilla derribaba de un tiro al árabe que estaba mas cerca de él. Escipion por su parte se portaba como un héroe: habia puesto á dos árabes fuera de combate, y esperaba que los camaradas tendrían tiempo de acudir; pero cuál fué su espanto cuando vió á su padre arrastrado por un árabe que le habia arrojado alrededor del cuerpo una de esas cuerdas provistas por una punta de un nudo corredizo, y en la otra de un garfio de hierro fijo al arzon de la silla!

Guitarrilla no habia previsto aquel género de ataque, y el pobre diablo se sentia arrastrado por una fuerza irresistible, y rodaba sobre el polvo, pidiendo socorro. Escipion corrió tras de su padre, y gracias á su agilidad consiguió alcanzarle en el momento en que obligado á subir una cuesta rápida, el caballo del árabe aflojaba el paso. Al instante cortó la cuerda: pero el infeliz Guitarrilla, lastimosamente maltratado, apenas podia sostenerse. Los árabes volvieron en desórden, y llevándose á Guitarrilla y Escipion, se dirigieron á unos desfiladeros donde los franceses no podian perseguirlos sin esponerse á que todo el convoy cayera en poder del enemigo.

Cuando los árabes se juzgaron bastante lejos para no temer



la persecucion de las tropas francesas, se pararon, despojaron á sus prisioneros maltratándolos, y luego atándoles las manos á la espalda, los sujetaron á palmas enanas.

Mientras deliberaban, no acerca de la suerte de aquellos infortunados, sino porque disputaban entre sí sobre quién les cortaría la cabeza, y blandian los yataganes en torno suyo, Guitarrilla, olvidando sus dolores, se volvía hácia su hijo:

«¿Por qué no me abandonaste? le decia con voz triste. Te has perdido sin salvarme, porque tampoco á tí te perdonarán.

—Me llamaría V. todavía hijo suyo si le hubiese dejado como un cobarde á merced de estos salteadores?

—Pobre muchacho! yo tengo la culpa. ¿Pero quién diablos podia esperar que lo pescaran como una trucha en la punta de una caña? Ah! tunantes; ya me las pagarán como yo los atrape.

—Padre, creo que en este momento no es la venganza en lo que debemos pensar.

—Tú que conoces su algarabía, ¿comprendes lo que dicen?

—Ay! disputan sobre quién llevará al sultan nuestras cabezas á fin de obtener el precio.

—Vamos, está visto que nuestras cuentas están arregladas. Por lo que hace á mí, me sería indiferente, si tú no estuvieses aquí. Con tal que empiecen por mí....»

Durante aquella triste conversacion, los árabes seguian disputando y amenazándose: ninguno quería permitir á los demás que se apoderase de las cabezas de los prisioneros. Aquella cruel situacion se prolongaba cuando llegó á galope un ginete cuya presencia puso fin á aquel terrible debate.

«No los mateis, exclamó; Abd-el-Kader pagará mejor sus cuerpos que sus cabezas. Y si se los entregamos vivos, reemplazará los caballos que hemos perdido.»

Esta proposicion, que volvió la esperanza á Escipion, al principio fué mal acogida, y los árabes continuaban sus amenazas; pero al fin despues de nuevas esplicaciones y la promesa que hizo el jefe de dejar á Abd-el-Kader la eleccion del suplicio despues que hubiera pagado el rescate, los árabes decidieron que los prisioneros serían llevados vivos al Sultan.

«Nos hemos salvado, dijo Escipion á su padre; van á conducirnos al campamento de Abd-el-Kader. Tengamos valor, padre, que quizá sea menos cruel que los demás.

—Dios te oiga! Acaso tambien no haremos otra cosa que retroceder para saltar mejor. En fin, siempre es lo mismo, pero al menos tendremos tiempo de reflexionar.»

Desataron á Escipion y á Guitarrilla de la palma, y despues de añadir una cuerda á la que sujetaba sus manos, los colocaron en medio de la tropa, y se pusieron en camino.

No contaremos todo lo que tuvieron que sufrir durante dos

días de marcha. El hambre, la sed, mas terrible aún, los golpes, las injurias, todo lo soportaron. Escipion animaba á su padre, procuraba consolarle, se arrojaba á recibir los golpes que iban dirigidos á él, y procuraba inspirarle alguna esperanza.

«Si así es como nos dan gracias por haber perdonado á sus mujeres y á sus hijos el otro día, no me volverán á atrapar; mejor hubiera querido que me hubiesen muerto; todo habría concluido, y no te vería sufrir de este modo, mi pobre Escipion.»

A pesar de todo su valor, Guitarrilla conocia que se le disminuian las fuerzas, y lo que mas le afectaba era manifestarse débil delante de los árabes. Quería conservar su aire fiero, pero conocia que iba á sucumbir, cuando oyéronse gritos de placer, y el jefe anunció que llegaban al campamento del sultan. La esperanza penetró al momento en el corazon de los prisioneros y reanimó su valor.

El campamento de Abd-el-Kader estaba situado en un bosque de higueras: las tiendas se hallaban en círculo, y la del sultan en medio. La infantería rodeaba las primeras tiendas, y la caballería estaba situada en lo interior. Apenas Guitarrilla y Escipion llegaron con su escolta á la primera tienda, cuando una multitud de árabes, hombres, mujeres y niños, poblaron el aire de un clamoreo confuso, entre el que se oían estas palabras: «hijo de perro, perro cristiano, cortar las cabezas.» Luego les tiraban piedras y les escupian al rostro.

Luego que llegaron al campamento, los chaous (1) se apoderaron de ellos. Los oficiales del sultan separaron á la multitud á palos y con gran trabajo consiguieron conducir nuestros dos pobres amigos á la tienda de Abd-el-Kader.

«Hé aquí un recibimiento que no es para animar á uno, dijo Guitarrilla; en este país tienen una política del infierno.»

La tienda del sultan era la mas bella del campamento, y la mas espaciosa: treinta negros, guardia ordinaria de Abd-el-Kader, estaban colocados en las cercanías, mezclados con gran número de chaous. Las dos cortinas que por la noche servian para cerrar la entrada de la tienda, estaban descorridas y atadas á las largas perchas, de suerte que todos podian ver el interior. Por dentro estaba guarnecida de paños de diversos colores, sobre los cuales en medio de arabescos y medias lunas amarillas, encarnadas, azules ó verdes, se destacaban especies de lágrimas parecidas á las que entre nosotros adornan los paños mortuorios. Una cortina de lana la dividia en dos partes. En un rin-

(1) Oficiales encargados en ejecutar las órdenes del sultan, y que dan muerte á los que este condena.



con, se veían las cuatro banderas de Abd-el-Kader: la primera, la bandera de la caballería, era encarnada; la de la infantería, tenía una faja amarilla entre dos fajas azules horizontales; la tercera una faja blanca y otra verde horizontales; la cuarta la mitad era amarilla y la mitad encarnada.

Después de algunos momentos, durante los cuales pudo observar Escipión lo que acabamos de describir, los dos prisioneros fueron introducidos á donde se hallaba el sultán.

Abd-el-Kader estaba sentado sobre cojines; sus escritores y algunos marabouts, agrupados en círculo, se mantenían á su lado. Su rostro, risueño y gracioso, contrastaba con los rostros salvajes é impasibles de sus ministros. Estaba muy pálido; sus ojos eran negros y cariñosos, su boca pequeña y su nariz aguileña. Guitarrilla, que esperaba hallar un bárbaro con una gran barba y aire feroz, se sorprendió mucho al ver un joven vestido con sencillez, sin armas, y que los recibía sonriendo y haciéndoles seña de que se sentasen.

«Mientras esteis á mi lado, les dijo, no teneis que temer ni malos tratamientos ni injurias. Sosegaos y decidme si necesitais algo.»

Animado con estas benéficas palabras pronunciadas en árabe, Escipión respondió en el mismo idioma que antes de poder contestar á las preguntas que se les hicieran, se veía obligado á rogar al sultán que diese de beber y de comer á su padre y á él, pues hacía dos días que no habían bebido. Abd-el-Kader hizo un gesto y ambos fueron conducidos á la otra parte de la tienda donde había un lecho de descanso, y allí les dieron un melón, uvas, pan blanco y agua.

«A fé mía, dijo Guitarrilla arrojándose con avidez sobre los manjares que acababan de darle; á fé mía que quiero mejor á Kader que á esos tunantes de soldados; al menos él comprende que uno puede tener hambre y sed; esto siempre es algo.

—Si, padre, y tengo esperanza de que van á acabarse nuestros males; creo que vamos á tratar con un enemigo generoso.

—Puesto que tú puedes hablarle en su gerigonza, dile que solo tiene á su lado bandidos que no hubieran sido tan malos en campo raso si nosotros hubiéramos tenido las manos libres. Prevenle también que he tomado la filiación de toda esta gente á fin de que si alguna vez caen en poder de los franceses, yo pueda devolver á los unos con cuerda y á los otros con balas de plomo, todo lo que nos han hecho sufrir. Dile que yo Guitarrilla me encargo de esto.»

En el momento en que el veterano concluía su arenga y acababa su cuarto pedazo de pan, fueron á anunciar á Escipión que el sultán quería hablarle.

Algo repuestos con la comida que acababan de tomar y mas animados con las pocas palabras de Abd-el-Kader, Guitarrilla y Escipion se presentaron al sultan con mas firmeza. Despues de lanzarles una mirada escudriñadora, el sultan hizo que se sentasen, y les dijo en árabe:

«¿Vuestros nombres?

—Mi padre se llama Pedro Leroux, y yo Escipion Leroux.

—¿Por qué no le dices que en el regimiento me llaman Guitarrilla? tal vez me conocería mejor, dijo en voz baja el sargento.

—¿Vuestros grados?

—Sargentos. Mi padre es caballero de la Legion de Honor.

—Sí, dijo Guitarrilla que comprendió estas últimas palabras dichas en francés, decorado por Napoleon nada menos, por haber zurrado á los rusos, que por mas salvajes que fuesen, valian mas que todos los beduinos.

—Silencio, padre», dijo Escipion, porque sabia que Abd-el-Kader entendia el francés, y que solo por no despertar la susceptibilidad de sus árabes no queria hablar *cristiano* á un cristiano.

Una conversacion bastante animada se trabó entonces entre él y Escipion, al cual preguntó acerca de las fuerzas francesas de los generales que mandaban entonces. Los nombres de los que le habian hecho sufrir derrotas, le encolerizaban terriblemente.

«Eso es, decia Guitarrilla, que no comprendia nada, eso es, dile cuántas son cinco, aunque nos corte el pescuezo. Que no se diga que hemos sido fulleros en presencia de un beduino.»

Abd-el-Kader se sonrió, y despues de un momento de silencio, dijo á Escipion:

«¿Necesitais todavía alguna cosa?

—Estamos casi desnudos; que nos den vestidos.»

Condugéronlos á la tienda que servia de almacen, y allí les dieron gorras, jaiques, camisas y babuchas. Despues de tantas fatigas é insomnios, se tendieron en el suelo y se durmieron profundamente.

Por la mañana fué á despertar á los prisioneros muy temprano el redoble desigual del tambor. Guitarrilla, que todo lo habia olvidado durmiendo, se levantó sobresaltado, creyendo oir la diana en su campamento; pero á poco el aspecto de la tienda y los objetos que le cercaban le recordaron la triste verdad.

«Soñaba que estaba de guardia, dijo suspirando, é iba á pasar mi revista; pero, muchacho, quién conocería en este traje al sargento mas aseado del ejército francés? Y tú, mi pobre



hijo, mas bien pareces un beduino que el gallardo Escipion el Africano, orgullo del regimiento.

—No nos quejemos, padre, porque esto de nada nos serviría. Vamos á ver el campamento.

—Muy limpio estará ciertamente; apuesto á que no hay ni uno que no mereciese ocho días de sala de policia si le pasara revista de inspeccion.»

La visita que hicieron al campamento no fué la mas á propósito para que Guitarrilla mudase de opinion. Vió algunos árabes que se ejercitaban en cargar en doce tiempos; pero alzó los hombros y dijo que siempre serían malos soldados.

Una mañana, mientras dormían Guitarrilla y su hijo, el jefe de la tienda exclamó:

«Perros cristianos, hijos de perros, levantaos: se va á derribar la tienda, pues el sultan ha mandado levantar el campo.»

Al momento se pusieron en pié y pudieron ver los preparativos de la marcha.

Despues de la oracion de la mañana, todas las tiendas cayeron al suelo, escepto la de Abd-el-Kader, y colocaron los bagajes en los camellos. Poco despues, un redoble de tambor dió la señal de partir, y el sultan saliendo de su tienda, subió en un caballo negro magnifico; la infantería y las acémilas tomaron la delantera, y luego que los bagajes pasaron los límites del campamento, se puso en marcha la comitiva del sultan. Se componia de ocho músicos muy ignorantes; detrás iban ocho árabes llevando en fundas de paño encarnado los fusiles que pertenecian á Abd-el-Kader. Cuatro ginetes llevaban en seguida las banderas que estaban en la tienda, y detras de ellos, en el centro de una línea de ginetes, marchaba Abd-el-Kader. Los treinta negros que componian su guardia iban detrás, y cerraba la marcha la demás caballeria. En medio de semejante comitiva y entre las acémilas, Guitarrilla y su hijo tomaron puesto, montados en unas borriquillas muy dóciles.

«Creo, dijo Guitarrilla, que si estuviéramos en una ventana para vernos pasar con este acompañamiento de moriscos, nos tomaríamos por la marcha del buey gordo.»

Caminaron todo el día, deteniéndose solo para hacer los rezos ordenados por el Koran. Cuando la noche se acercaba, un negro encargado de dirigir la tropa, indicó el sitio en que debía situarse el campamento; al momento se levantaron las tiendas, empezando por la del sultan. Apenas los esclavos encargados de aquella mision acababan de darle la última mano, cuando los sonidos roncós y chillones de la música anunciaron la llegada de Abd-el-Kader. A algunos pasos del campamento, los caballeros se destacaron por pelotones, partieron á galope, y despues de pasar una distancia de trescientos pasos, volvieron bruscamente sus

caballos, y á rienda suelta se dirigieron hácia el frente de la columna, teniendo el ojo puesto en Abd-el-Kader: cuando estuvieron á un tiro de fusil de Abd-el-Kader, hicieron fuego. Este es el modo de hacer los honores militares á Abd-el Kader, y aquel manejo duró hasta que entró en el campamento. Al momento formáronse en batalla los ginetes á la derecha de la tienda, los treinta negros se colocaron á la izquierda, la música pobló el aire con sus discordes sinfonías, y el único cañon que acompañaba á Abd-el-Kader anunció á las tribus inmediatas la llegada del sultan. Entonces paró en medio de la fila formada por la caballería, lanzó á los árabes una mirada en que se pintaba el orgullo y el despotismo; despues haciendo caracolar su caballo hizo que entrara de pie sobre las piernas traseras en la tienda, hollando los ricos tapices que cubrian el suelo. Luego que Abd-el-Kader se bajó del caballo, sirviéndose de la espalda de uno de sus principales oficiales como si fuese un escabel, rompieron filas y cada cual se dirigió á la tienda que le estaba señalada.

El cañon que habia advertido á las tribus inmediatas, tambien las habia prevenido sin duda alguna que era preciso llevasen el tributo de víveres acostumbrado: así es que pronto acudieron de todas partes familias árabes, precedidas de sus kaits y llevando platos de couscoussou y hasta carneros enteros asados. Nuestros amigos participaron de aquel reparto, pues les dieron los restos de la mesa del sultan despues que sus oficiales hicieron en ella una buena brecha.

Sin embargo, Guitarrilla, á quien habia vuelto el apetito, no quedó descontento con aquel manjar.

« Siempre he sido partidario del gigote, dijo, y el gusto que estos pícaros tienen por el carnero, prueba que podría civilizárseles; pero en cuanto á su *broucoussou*, si me hubieran servido una cosa por el estilo en la barrera de la Escuela Militar, hubiera armado una de mil demonios. Por fortuna tengo hambre y sed, porque el agua pura no la calma; pero peor es nada. »

A la mañana siguiente, Abd-el-Kader mandó llamar á Escipion. Un árabe, encargado por la administracion francesa de llevar la correspondencia dirigida al comandante de Oran, habia ido á entregarla al sultan. Este que no sabia leer francés, quería saber lo que contenian aquellas cartas. El general daba cuenta de una escursion feliz que habia hecho contra los árabes. Luego añadía que dos soldados habian sido cogidos en un encuentro anterior y que era preciso pedir su rescate. Escipion solo leyó la última parte de la carta, pues Abd-el-Kader, desconfiado como un árabe, lo despidió.

Apenas habia tenido tiempo Escipion de contar á su padre lo que decia la carta, cuando un marabout fué á mandar á Guitarrilla que le siguiese.



«Cómo! dijo el sargento, á mí es á quien busca? para qué me quiere, si no sé su lengua? Bonita estará la conversacion; va á hablarme árabe, y yo le responderé en francés; ya veremos quien lo entenderá mejor. En fin, es igual.

— Padre, le dijo Escipion á media voz, no lea V. mas que el fin de la carta, pues de eso depende nuestra vida.

— No tengas cuidado, muchacho, que por árabe que sea; no me veré apurado para decirle lo que venga á cuento.

— Prudencia, padre.

— A buen gato buen raton, repuso Guitarrilla.

Y siguió al marabout, dejando á Escipion muy inquieto de los resultados de aquella entrevista. Pronto sabremos cómo salió de aquel apuro el astuto sargento, y ya veremos si es tan hábil diplomático como valiente soldado.

## EL AGUILA Y LA AVUTARDA.

### Fábula.

Vagaba una avutarda cierto dia  
De Prusia por un bosque solitario,  
Y con el corbo pico recogia  
Su alimento sabroso y ordinario.  
Mas de pronto vió en la copa erguida  
De un álamo robusto y elevado,  
A una águila altanera que engreida  
Miraba dasdeñosa el verde prado.  
«¿Por qué no he de subir á aquea altura?»

La avutarda exclamó con necio orgullo;  
Y las alas batiendo, en su locura  
De los vientos no oyó el ronco murmullo.

Hace un esfuerzo pues y con trabajo  
A la mitad de un fresno se encarama;  
Era fuerte el arbusto aunque muy bajo,  
Y se apoya graznando en una rama.

Toma vuelo despues y á otro mas alto  
Arbolillo gentil llegar consigue;  
De nuevo se repone y dando un salto,  
Su pèsada carrera torpe sigue.

Vuela otra vez hácia la rama umbrosa  
De un chopo, á pesar del fuerte viento,  
Y el álamo asaltando codiciosa,  
Triunfante en él posó mas sin aliento.

La reina de las aves por fortuna  
Con mirarla y decirla se contenta :  
«Mucho has subido tú sin duda alguna ;  
Mas ¡guay , necia infeliz , de la tormenta ! »

— La arrostraré , responde la avutarda ,  
Tan firme como vos , señora mia ;  
Ni el bramido del noto me acobarda ,  
Ni del crudo aguilon la furia impía . »

Apenas de esta suerte habló la necia ,  
El huracan se agita enfurecido ;  
La ronca tempestad terrible arrecia ,  
Y se escucha del trueno el estampido .

En vano la infeliz luchar pretende  
Contra el furor de la tormenta ruda ;  
Ni su encorbado pico la defiende ,  
Ni su ala pesadísima la escuda .

Por el potente viento arrebatada ,  
Hácia unas rocas jadeante rueda ,  
Y sobre ellas cayendo medio ahogada ,  
Sin vida casi en la campiña queda .

En tanto nuestra águila sin pena  
Hiende las nubes con tranquilo vuelo ,  
Y en medio al vendaval se alza serena ,  
Buscando el resplandor del claro cielo .

Vosotros que mi fábula escuchais ,  
Esto mismo en España podeis ver ;  
Mas ¿qué mucho si águilas os juzgais ,  
Y ninguno avutarda quiere ser ?

TENORIO.

